

ESPAÑA



Las movilizaciones por Miguel Ángel Blanco en julio de 1997 fueron uno de los hitos del final del terrorismo

Cuando ETA perdió la calle

LUIS R. AIZPEOLEA, San Sebastián. Hace 25 años. El jueves, 10 de julio de 1997, a las 17.30, Radio Egin anunció que ETA había secuestrado al concejal del PP de Ermua, Miguel Ángel Blanco. El comunicado emplazaba al Gobierno de José María Aznar a que en 48 horas acercara a todos los presos etarras a cárceles vascas. De lo contrario, le asesinarían. Tres horas antes, Blanco había sido abordado en la estación de tren de Eibar (Gipuzkoa), al dirigirse a su trabajo, por la militante de ETA, Iratxe Galtzagutegi, que, pistola en mano, le introdujo en el coche en el que esperaban Javier García Gaztelu, Txapote, y José Luis Geresta, que culminaron el secuestro.

Poco después, el ministro del Interior, Jaime Mayor Oreja, respondió a ETA que el Gobierno no cedería al chantaje. El Gobierno de Aznar contó con la colaboración del vasco, a través del consejero de Interior, Juan María Atutxa. Acordaron que la exigencia de ETA era irrealizable y establecieron un contacto permanente y concentraron el puesto de mando en Bilbao, donde la Ertzaintza coordinó con todas las policías.

"Activamos una búsqueda intensa en todos los espacios —casas, viviendas...— donde podía encontrarse el concejal secuestrado. Además de buena coordinación, debo destacar que la colaboración ciudadana marcó un hito por las facilidades y pistas que nos ofreció. Pero no tuvimos suerte", recuerda Josu Bujanda, hoy jefe de la Ertzaintza, que participó en la búsqueda del edil.

Desde un principio el presidente Aznar y el lehendakari Jo-

sé Antonio Ardanza temieron lo peor: "Nueve días antes la Guardia Civil había liberado, tras 532 días secuestrado por ETA, al funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara. Pensé que no podían aparentar debilidad, que se vengarían. ETA reclamaba lo mismo con la diferencia de que ahora daba un ultimátum de 48 horas", recuerda hoy Ardanza.

El jefe de la Ertzaintza también temió lo peor si no lograban liberarle: "Recordábamos los secuestros de José María Ryan, ingeniero de la central nuclear de Lemóniz, en 1981, y del capitán Martín Barrios, en 1983, asesinados por ETA tras sendos ultimátums".

Ambos gobiernos apostaron unitariamente por la movilización. "El único resorte era la movilización", reconoce el historiador Luis Castells, de la Universidad del País Vasco. Este recuerda cómo Floren Aioiz, portavoz de Herri Batasuna, había augurado, tras la liberación de Ortega Lara, un desenlace siniestro al advertir que "tras la borrachera viene la resaca".

"Teníamos que provocar una reacción ciudadana, sobre todo en Euskadi, para ver si parábamos la barbaridad que ETA pretendía", señala Ardanza. Convo-



Miguel Ángel Blanco.

En Ermua se juntaron 3.000 personas con solo dos horas de aviso

La manifestación de Bilbao del 12 de julio fue la mayor contra la banda

có el Pacto de Ajuria Enea, el organismo unitario de los partidos democráticos vascos, que anunció una manifestación en Bilbao el 12 de julio para exigir la liberación del concejal, cuatro horas antes de expirar el ultimátum.

En Ermua, una población de menos de 20.000 habitantes, su alcalde, el socialista Carlos Totora, convocó inmediatamente un pleno municipal y una manifestación para las ocho de la tarde, anunciada profusamente. "Podíamos encontrarnos ante un asesinato de ETA y teníamos que enfrentarnos", recuerda hoy Totora. "A la manifestación, con solo dos horas de aviso, acudieron 3.000 personas. Luego convocamos una concentración en la plaza a la que se sumaron miles de personas que pasaron la noche como en Estados Unidos cuando van a ejecutar a un preso".

Recuerda también que Ermua tenía experiencia de enfrentamientos con ETA y su brazo político. "Año y pico antes del secuestro de Miguel Ángel me dolió muchísimo el asesinato del presidente del Tribunal Constitucional, Francisco Tomás y Valiente [en la Universidad Autónoma de Madrid]. Redacté un bando de condena que

difundimos en todos los portales. Habíamos hecho mucha pedagogía respondiendo a las amenazas de Herri Batasuna a personas del pueblo, a mentiras como que los presos etarras eran víctimas. Por eso cuando ETA se secuestró a Miguel Ángel se movilizó el pueblo entero. Además de la vigilia, conseguimos 5.000 telegramas de apoyo, 800 de ayuntamientos, comunicaciones de embajadas que colgamos en el Ayuntamiento. Acompañamos solidariamente a la familia de Miguel Ángel a la que cedimos los locales municipales para recibir a amigos y familiares".

Las movilizaciones, con Ermua como epicentro, tuvieron un efecto multiplicador en la manifestación de Bilbao del 12 de julio, la mayor celebrada contra ETA, y se extendieron por numerosas ciudades españolas. Acudieron centenares de miles de personas, acompañadas por el Pacto de Ajuria Enea, el presidente Aznar y varios ministros. "Confiábamos en el éxito de la convocatoria porque llevábamos varias movilizaciones importantes contra ETA desde que en 1988 firmamos el Pacto de Ajuria Enea", recuerda Ardanza. "La unidad de los partidos estimulaba la participación. Con Miguel Ángel concurría, además, que era una persona joven, sencilla y elegida democráticamente. Pensábamos que la sociedad vasca tendría una sensibilidad especial y así fue".

Los medios de comunicación contribuyeron a amplificar la respuesta al desafío de ETA con su presencia masiva, su permanente seguimiento del secuestro. En 48 horas, ETA decidía la vida o muerte de un joven y una multitud reclamaba en la calle



Manifestación en Ermua para pedir la liberación de Miguel Ángel Blanco. / SANTOS CIRILO

su liberación mientras mucha gente seguía pendiente del desenlace colgada de radios y televisiones.

“Los medios de comunicación fueron claves para que la sociedad participara del chantaje de ETA con la vida de Miguel Ángel con plazo de 48 horas. Lo vimos en la impresionante manifestación de Bilbao. La gente sintió y sufrió en directo lo que era vivir con el terrorismo en Euskadi. Teníamos conciencia de su impacto”, señala Totorica. “La gente vivió en directo una muerte anunciada y trató desesperadamente de defender la vida del concejal”, precisa Castells.

La manifestación de Bilbao se disolvió dos horas antes de cumplirse el plazo dado por ETA. Su éxito abrió algunas esperanzas. Mar Blanco, hermana de Miguel Ángel, regresada de Londres, confió en que ETA liberara a su hermano. Vivió la emoción de la manifestación de Bilbao, donde habló reclamando su liberación; sintió el calor de la gente en Bilbao y Ermua y la oleada de peticiones de clemencia, incluida la del papa Juan Pablo II.

El impacto emocional al mediodía del 12 de julio era muy fuerte. De modo que un minuto antes de las cuatro de la tarde, la hora en que culminaba el plazo de ETA, todas las televisiones concedieron un minuto de silencio, recuerda Castells. “Nunca había visto llorar a periodistas”, evoca Totorica.

Sobre las 16.30, unos cazadores encontraron el cuerpo de Miguel Ángel Blanco, con dos tiros

en la sien, en las proximidades de Lasarte (Gipuzkoa). Posteriormente se conocería que Javier García Gaztelu Txapote fue el autor de los disparos mientras le retenía José Luis Geresta. El jefe de la Ertzaintza cree que el escondrijo donde estuvo secuestrado, aún desconocido, estaba cerca de donde apareció asesinado. Los médicos pronosticaron que las heridas eran mortales, aunque no estaba clínicamente muerto. Falleció oficialmente de madrugada.

Pocos minutos después, el alcalde de Ermua anunció, desde el balcón del Ayuntamiento acompañado de la familia de Miguel Ángel y ante una multitud expectante, su asesinato. “Cuando se anunció la noticia la tensión y la angustia tornaron en rabia explosiva. La gente salió a la calle para que no le mataran. ETA se burló de ella y estalló. El desafío de ETA fue un bumerán”, señala el historiador Castells.

“La escena que viví desde el balcón del Ayuntamiento fue angustiosa. Me preocupó muchísimo porque se generó una ola de rabia y temía que se desbocara. No estábamos para palabras y tomamos una iniciativa: caminar en manifestación a Eibar”, recuerda Totorica.

De regreso a Ermua, Totorica vio a dos policías entrar muy excitados en el Ayuntamiento. Le dijeron que ardía la sede de Herri Batasuna. “Otro concejal y yo cogimos un extintor y fuimos con los policías a apagar el fuego. Tenía muy claro que Ermua no podía permitirse violencia alguna. Queríamos diferenciarnos de ETA. Construir desde la palabra y no con violencia”, recuerda Totorica.

Al dispararse la noticia del asesinato, la indignación contra ETA y su brazo político se extendió por Euskadi y España, donde se popularizó la consigna “Vascos sí, ETA no”, lanzada con el asesinato de Tomás y Valiente. Ciudadanos indignados cercaron las sedes de Herri Batasuna en Bilbao y San Sebastián. Sus militantes salieron protegidos por la Ertzaintza de la ira de los manifestantes. “Tuvimos que proteger a personas que hasta ese momento nos amenazaban y hostigaban”, recuerda el ertzaina Bujanda.

San Sebastián protagonizó una escena histórica. Los ertzainas, que custodiaban la sede de Herri Batasuna, se quitaron los verdugillos de protección como gesto de desafío a ETA y solidaridad con los manifestantes indignados por el asesinato. Los abrazos entre manifestantes y policías evocaban gestos vividos en la transición a la democracia.

“En la concentración de San Sebastián los manifestantes estaban indignados porque acaba-

ban de conocer el asesinato. Compañeros de la Ertzaintza, que protegían la sede de Herri Batasuna, se quitaron los verdugillos que utilizábamos para proteger nuestra identidad, como muestra de su hartazgo del terrorismo y el miedo que generaba. La gente abrazaba a ertzainas a cara descubierta. Nos enorgullece lo que hicimos. El verdugillo ha ido desapareciendo. Tenemos un compromiso de cercanía a la ciudadanía”, recuerda Bujanda.

Las movilizaciones impactaron en la izquierda abertzale que pasó a la defensiva. Pero también afloraron disidencias. Dos dirigentes de ETA encarce-

“Luego tuvimos que proteger a quienes nos amenazaban”, recuerda un ertzaina

“Teníamos que provocar una reacción ciudadana”, señala Ardanza

El funeral multitudinario de Miguel Ángel Blanco en Ermua el 15 de julio cerró oficialmente las conmemoraciones mientras se multiplicaban manifestaciones en numerosas capitales españolas —las de Madrid y Barcelona fueron espectaculares— de homenaje al concejal asesinado y rechazo a ETA, cuya exigencia de desaparición fue clamorosa.

Dos años después fue encontrado muerto, presuntamente por suicidio, Geresta, uno de los asesinos, en las cercanías de Rentería. Cuatro años después fueron detenidos en Francia García Gaztelu Txapote y Gallastegi. En 2006 les condenaron a 50 años de prisión cada uno.

Veinticinco años después existe un amplio reconocimiento de que las movilizaciones de julio de 1997, con Ermua como epicentro, fueron uno de los hitos del final del terrorismo. “Consiguieron que se volviera contra ETA su chantaje al Estado. Rompieron la lógica del terror, la del silencio y la de imposición de su proyecto. Desde Ermua, tras cada asesinato hubo una movilización y deslegitimación de ETA. Se le arrebató la calle. Quebró, en parte, el espinazo de la lógica violenta de ETA”, señala Totorica.

Castells precisa cómo, tras Ermua, hubo una respuesta organizada a los atentados etarras, con plataformas ciudadanas como Basta Ya, que congregaban multitudes que perdieron el miedo. “El final de ETA es resultado de factores como el policial y judicial. Pero la reacción ciudadana fue central para su derrota. ETA percibió el enorme rechazo a lo que representaba”, señala Castells. Esa percepción la tuvo inmediatamente un sector de Herri Batasuna, encabezado por Patxi Zabaleta, que promovió una escisión, Aralar, defensora de vías pacíficas y que integró a los principales fundadores de ETA. Mar Blanco insiste en que a Bildu le queda aún pendiente reconocer su pasada complicidad con ETA.

Ardanza otorga una importancia decisiva a la unidad de los partidos como elemento movilizador, como confirmó la gantesca manifestación de Bilbao. “Antes que nacionalistas o no nacionalistas nos unía ser demócratas contra el terrorismo de ETA”. No menos decisiva fue la movilización de Ermua, liderada por su alcalde Totorica. “Yo escondí que era socialista. Era el alcalde de todos, una garantía para actuar unidos y recabar el apoyo de la gente”.

Ardanza añade que las movilizaciones de julio de 1997 “sirvieron, también, para demostrar que la inmensa mayoría de los vascos no éramos terroristas, aunque algunos querían identificar, y aún lo hacen, nacionalismo y terrorismo”.



Desde la izquierda: Xabier Arzalluz, José Antonio Ardanza, José María Aznar, Ramón Jáuregui, Carlos Garaikoetxea y Pablo Mosquera en la manifestación en Bilbao para reclamar la liberación de Miguel Ángel Blanco el 12 de julio de 1997. / SANTOS CIRILO



Unas mujeres abrazan a un ertzaina en San Sebastián el 13 de julio de 1997. J. H.

“La gente vivió en directo una muerte y quiso impedirla”, dice un historiador

“Nunca había visto llorar a periodistas”, evoca el alcalde de Ermua

lados, Joseba Urrusolo y José Luis Álvarez Santacristina Txelis, condenaron el asesinato. Incluso un dirigente de Herri Batasuna, Patxi Zabaleta, lo hizo y abrió el camino para una importante escisión que lideró: Aralar.

“Estaba en la izquierda abertzale. Ya pedí la liberación de los secuestrados Iglesias Zamora y José María Aldaya. Pero el asesinato de Blanco nos impactó especialmente por su indefensión. Un concejal joven, sin historial. Pedí su liberación. No fui atendido. Originó una disociación mayor y más frontal”, recuerda hoy Zabaleta.